

»Y, mientras que tu pie, escapándose de la babucha, colgaba, rosado, al borde del manchí, a la sombra de los negros bosques y del árbol ecuatorial, cuyos frutos son menos purpúreos que tu boca, mientras que una florida mariposa, teñida de escarlata y azul, se posaba por instantes sobre tu delicada piel, dejando en ella un poco de sus colores mágicos, yo veía, al través de la cortina de batista, cómo tus bucles doraban la almohada, y, bajo las cruzadas pestañas, tus bellos ojos de sombría amatista, que se hacían los dormidos.

»Así venías, en las dulces mañanas, de la montaña a la misa mayor, en tu inocente gracia y tu rosada juventud, al rítmico paso de tus dos indúes...

»Y ahora, en el árida arena de nuestros playazos, infestada de yerbajos marinos, al rumor del Océano, descansas entre los muertos que me fueron queridos ¡oh encanto de mis primeros sueños juveniles!»

No vuelve a somar, en la poesía de Leconte, otra figura de mujer claramente señalada con rasgos que permitan decir «aquí hubo amor» hasta la hora de la vejez... Entonces es cuando aparece la «rosa», o sea la señora que escribe bajo el seudónimo de *Juan Dornis*. Esta señora, a pesar de haberla cantado Leconte, a pesar de haberla incluido Ernesto Tisot entre sus «princesas literarias», no es muy conocida, en España, por lo menos. Nació en Florencia, y su verdadero nombre es Elena Goldschmidt, esposa de Guillermo Beer. Según parece, reunió, o mejor dicho, reúne esta señora, pues creo que no ha muerto, raras cualidades. Hermosa, rica, elegante, es además una escritora de mérito. Entre sus obras figuran estudios notables de crítica, uno de ellos coronado por la Academia Francesa, que si bien no es muy severa para otorgar estos premios, tampoco los da a libros despreciables. Madama Dornis escribió en francés, y no en su lengua natal, y en esto anduvo acertada, porque escribiendo en francés se escribe para todo el mundo. En italiano hizo versos nada más. Se casó en París, muy joven. Su biógrafo nos dice (cosa curiosa) que la brillante posición social y la riqueza de esta señora, más que facilitarle el camino de la gloria, le han sido obstáculo, como se lo fueron a María Bashkirtseff.

La amada de Leconte es pues una intelectual, una cerebral, y desde su primera edad, poetisa. Sus amigas, de la juventud, en vez de hablar de modas y de novios, se reunían para estudiar y para tomar lecciones de latín. Pero Elena hizo un viaje a París, se enamoró y se casó: tenía diecisiete años. No por eso dejó de estudiar activamente, comprendiendo que la adquisición de la cultura es necesaria a quien no quiere hacer mal papel en las letras, si llega a cultivarlas un día. Sin embargo, no renunció a la vida social y alternó con ella las aficiones intelectuales. Abrió su salón a los literatos de altura. Este salón tuvo el sello de otros muchos en París; base académica. Y en este salón fué donde se conocieron ella y Leconte de Lisle. El poeta había cumplido la friolera de setenta y tres navidades.

Esta pasión de última hora de Leconte, debemos suponerla completamente platónica y contemplativa, porque otra cosa, amén de inverosímil, fuera menos poética. Los versos de Leconte dedicados a su amiga, son muy vehementes, pero caben estas vehemencias y aun mayores en lo soñado.

«Tú — le dice — por quien he sentido, en horas sobrado breves, renacer mi juventud y reflorecer mi corazón.»

Y otras veces, rindiendo tributo a su belleza, la ensalza así:

«Es sonrosada y rubia, tiene ojos ensoñadores, en su voz hay encanto, sus labios son como dos flores; y, cuando camina, su paso tiene la gracia de un ala. Me has devuelto la mañana de mis días, y me envuelves aún con tal dulce hechizo que no dejaré de verte hasta la tumba!»

Es de presumir que la guapa señora respondió a esta ilusión del anciano maestro con devoción filial, y que para alegrar un poco su ocaso le ofreció hospitalidad en el castillo de Luciennes o Louveciennes, histórico si los hay, aunque no con heroica historia. Este castillo fué adquirido por Luis XIV, y en él se bailaron minués de corte y se disfrutó de los encantos del campo, de aquel campo de entonces, recortado y pulido. Después murió en él el hijo del duque de Penthièvre, y éste lo ofreció a Luis XV, y éste a Madama Dubarry, que lo embelleció y decoró, empleando para ello los mejores artistas, y convirtiéndolo en un palacio de hadas.

La célebre favorita había ocultado, en diferentes rincones de Luciennes, tesoros fabulosos; todo lo que fué apandando durante los años en que el rey no cesaba de obsequiarla con diamantes, perlas, rubíes, esmeraldas, camaféos, joyas y objetos raros, de incalculable valor. Estas ocultaciones la perdieron. Por

recoger sus riquezas, se atrevió a volver de Inglaterra, donde estaba segura, a París, en los días más trágicos y peligrosos de la Revolución. Fué denunciada, y sus criados se apoderaron de gran parte de aquellas preseas, cuyos escondrijos conocían. El resto lo confiscó la nación, cortando de paso el pescuezo a la Dubarry, y confiscando a Luciennes. Vendióse la finca, y después de pasar por varias manos, vino a ser su dueña la Dornis. Además de tantos recuerdos, Luciennes tiene el de los amores de Andrés Chénier, que esperaba, en un banquito de piedra, a una mujer amada, la Fanny, celebrada en sus versos — *«Fanny, l'heureux mortel qui près de toi respire!»* — Andrés Chénier, entre los poetas franceses, es el que pudo prestar inspiración a Leconte, el cual cantaba así la residencia donde tantas cosas íntimas habían sucedido:

*Ces beaux arbres, témoins de tant d'amours anciennes,
qui fléchissaient, chargés du poids de jours sans fin,
respirent, rajeunis, ton arbre divin,
oh fleur, vivante fleur, rose de Louveciennes.*

En la magnífica residencia, donde tanto se complacía, vino a sorprender la muerte a Leconte. Y no enteramente a sorprenderle, pues ya le había enviado un aviso, con el desvanecimiento sufrido en una escalera de su morada, en el Luxemburgo, donde era bibliotecario. No dijo nada a nadie, porque proyectaba la excursión a Luciennes, y, ávido de las últimas dichas, no quería que le privasen de ellas bajo pretexto de precaución sanitaria. Y en Luciennes, manos piadosas le llenaron de flores el ataúd.

La señora Dornis, admiradora del poeta, publicó bastantes años más tarde, un libro sobre *Leconte de Lisle íntimo*, y se le censuró cabalmente la falta de intimidad, la sobriedad de detalles personales, y la extensión de los juicios críticos.

Tratándose de Leconte, yo alabo la reserva y delicadeza de la señora Dornis. Porque no era este poeta del número de los que gustan de exhibiciones, sino al contrario, enemigo hasta no más de entregar el corazón para pasto del vulgo. No cupo acierto mayor que tender sobre su vida íntima un velo de pudor sentimental, y salvarle de toda profanación, convirtiendo en santuario lo que no debe ser plaza pública.

Y al proceder así, la amiga de Leconte, obedeció también a su especial temperamento.

Conviene decir que la señora Dornis es judía... El pueblo judío posee un fuerte instinto religioso, y la señora Dornis, no desmintiendo su origen, se ha ocupado mucho de religión, sintiendo a ratos el deseo de hacerse cristiana, porque las enseñanzas del Evangelio se le presentaban con seducción irresistible. Hablaron a su alma los encantos del franciscanismo, las profundidades filosóficas de la *Imitación* — pero no con eficacia tal, que la convirtiesen; y no sólo no la convirtieron, sino que de las indicaciones de conversión pasó a sostener muchas y muy antiguas herejías. En vano se pregunta a si misma de dónde le vendrá la fe. Habiendo dejado de ser israelita no pudo llegar a católica.

Vino a parar, nos dice Tisot en su bonito libro *Princesas literarias*, en una especie de modernismo protestante, y renovando la antigua barbarie iconoclasta, renegó de las imágenes (qué vandalismo), y estampó cosas tan peregrinas como que Roma no permite al común de los fieles la lectura de los Evangelios, siendo así que hasta en los Devocionarios andan en manos de todos. Y en este modernismo protestante se revela un espíritu inclinado a la abstracción.

Yo prefiero el franco nihilismo de Leconte de Lisle, el cual, por lo que tiene de artista, y de artista excelso, no verá con disgusto las imágenes (aunque no crea en lo que representan) si son hermosas. Y aunque no lo fuesen mucho, las imágenes siempre responderían a una necesidad sentimental, y en efecto, las hay que no podemos sujetar a ningún canon de belleza, y sin embargo ejercen fascinación, por la suma de sentimientos que en ellas se cifran, o por la significación histórica; por la sugestión del recuerdo y de la esperanza, cosas naturales, que en vano intentaríamos borrar ningún racionalismo, ni modernista, ni de otro género. Leconte de Lisle, aunque jacobino, ha expresado conceptos de este orden en algunos de sus versos.

Para un artista la belleza es siempre sacra, y por ser bella consiguió la señora Dornis (lo doy por cierto, aun cuando no la conozco personalmente) inspirar tan galanos decires a Leconte de Lisle, caduco y achacoso, y de quien se debiera suponer lo que al anciano Demócrito dice París el Piramida, en uno de los poemas de Leconte: «La nieve de tu corazón ya no puede derretirse.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ya que en una crónica anterior hablé de Campoamor y noté que careció de Beatriz y de Laura, se me ocurre hoy decir algo de otro poeta, que no estuvo en el mismo caso de Campoamor, pues tuvo sus Lauras en la juventud, y en la vejez, y las cantó, a pesar de ser sus versos muy poco subjetivos, y nada semejantes a los de Alfredo de Musset y otros líricos amorosos.

Me refiero a Leconte de Lisle, jefe de la escuela parnasiana, que sucedió al romanticismo y por bastantes años dominó en las letras francesas.

Leconte de Lisle era un criollo de la isla de Borbón, a la cual han cambiado el nombre, no sé si por sectarismo político, llamándola Isla de la Reunión. Esta isla africana, que forma parte del grupo de las Mascareñas, en el Océano Índico, tiene cuanto es necesario para exaltar por la contemplación de la naturaleza a una imaginación juvenil. Borbón es la única isla que les queda a los franceses en las Mascareñas, pero ha dado a la literatura francesa buen contingente con dos poetas criollos: el elegíaco Parry, y Leconte, el Júpiter del Parnaso.

En tales climas, la imaginación recoge, en la primera edad, impresiones imborrables. Leconte residió dos veces en la isla: en la infancia, y después, en la juventud, bastantes años. Sin esta residencia, y a pesar de sus viajes a climas no menos sugestivos que el de la Isla de Borbón, no se explicaría su genio de paisajista ecuatorial, sus descripciones admirables de alimañas fieras, de sus costumbres, cacerías, luchas y salvajes amores.

Durante la segunda estancia de Leconte en la Isla de Borbón es cuando se enamoró profundamente de una encantadora criatura, que describe con rasgos de fuego, en una de sus poesías más celebradas. Titúlase esta poesía *El Manchí*, y es el manchí una especie de lecho de camino, que sirve de vehículo para transportar, a hombros de indios, a las señoras, sobrado perezosas para andar. ¿En qué se conoce que estos versos no son una invención poética; que responden, verdaderamente, a sentimientos, a recuerdos, a un amor desvanecido? No lo sabré decir, pero es seguro que tienen este carácter: la verdad del alma también marca su huella.

El cuadro que traza el poeta palpita de realidad.

«Todas las mañanas de los domingos — dice, en versos que es lástima no poder traducir sino en prosa — bajabas al pueblo, en manchí de bambú, bajo una fresca nube de muselina clara, por las rampas de la colina. Repicaba alegremente la campana de la iglesia; columpiaba las cañas la brisa del mar, y, en la superficie de la sabana, el sol, como granizada de oro, crepitaba ardiente.

»Brazaletes en puño, aro en tobillo, y liado a la cabeza el amarillo pañuelo, dos Telingas porteaban tu lecho de petates de Manila. Doblando su magro y nervudo jarrete, ágiles bajo su blanca túnica, asentado el bambú en los hombros y en jarras los brazos, cantaban, al bordear el estanque. A lo largo de la calzada y de las marismas, donde fumaban los criollos viejos y los negros se agrupaban gozosos, animábanse los porteadores, al son de los giros de Madagascara.

»En el aire, ligero, flotaba el olor de los tamarindos; y sobre las olas espumosas e iluminadas, a lo lejos, las aves, en inmensos rastros, se hundían en la marítima niebla.